

Don de entendimiento (3)

Los seis pasos del espíritu para llegar a la esencia de las cosas

Santo Tomás señala seis modos diferentes con que el don de entendimiento nos hace penetrar en lo más hondo y misterioso de las verdades de fe:

1) Nos hace ver la sustancia de las cosas ocultas bajo los accidentes. Lo primero que sale al paso de nuestros sentidos son los fenómenos externos. La inteligencia penetra hasta el corazón de la realidad, más allá de las barreras de las apariencias. Los ojos de los Apóstoles veían al “Hijo del hombre”, su fe, adoraba en él el “Hijo de Dios”. Los místicos perciben la realidad divina escondida en la eucaristía. En sus visitas al sagrario no rezan, no meditan, no razonan, se limitan a contemplar al Prisionero del Amor con una mirada simple, sencilla y penetrante, que llena el alma de paz y suavidad. El campo de observación no se halla limitado al universo visible ni al mundo de las almas. Se extiende a todas las verdades reveladas. Dejando atrás las apariencias externas, el don de inteligencia penetra hasta el fondo en todos los misterios de la fe.

2) Descubre el sentido oculto de las Escrituras. Este paso tiene grandes alcances prácticos ya que está en la base de la espiritualidad de la Iglesia. Nos abre las profundidades de las Sagradas Escrituras, fuente principal de las verdades reveladas. Dios sigue hablando a los hombres en el fondo del alma, por medio de su Iglesia y su Espíritu. Los más altos pensamientos religiosos provienen de aquí. Por medio de su Espíritu el Señor da el entendimiento a sus Apóstoles (Lc 24,45). Decía san Jerónimo: “Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo”. Cada fiel, viviendo en amistad con Dios, o sea en gracia de Dios, recibe este Espíritu de luz que lo ilumina en su camino personal de retorno a Dios. El don de inteligencia, que se ocupa principalmente de la comprensión de la Palabra de Dios, regala a todos los hijos de Dios el sentido de todas las lenguas que nos hablan de Él: el magisterio de la Iglesia, frases oídas al azar en la vida diaria, palabras interiores susurradas por el Espíritu. La vida de los santos presenta numerosos testimonios del mismo. Por esto, a los santos se les caen de las manos los libros escritos por los hombres y terminan por no encontrar gusto más que en las palabras inspiradas, sobre todo en las que brotaron directamente de los labios de Jesús.

3) Manifiesta el significado misterioso de las figuras y de los símbolos. El símbolo es uno de los medios más evocadores de los misterios divinos. El simbolismo penetra toda la vida del hombre pero hay un lugar privilegiado en el que se expresa en la vida de la Iglesia: la Liturgia. Allí encuentra su más alta expresión. El cristianismo es especialmente rico en símbolos. Ya el Espíritu de Yahvé animaba a los justos del Antiguo Testamento en la práctica de las ceremonias religiosas para hacerles vislumbrar el mesianismo futuro. El Espíritu mismo dirige las plegarias y el culto de la Iglesia de Cristo: Él es quien, a través de figuras y símbolos, descubre a las almas de los fieles el sentido profundo de los misterios de Dios.

4) Nos hace descubrir el mundo invisible, las realidades espirituales bajo las apariencias sensibles. La mentalidad moderna, mundana, cerrada a la vida sobrenatural, ha perdido el sentido de lo invisible. Hemos pasado a ser las personas del cine y la televisión. Ante la mirada del creyente iluminada por el Espíritu de Dios brota todo un universo nuevo. Decía san Pablo a los Corintios: “Nosotros los cristianos, contemplamos, no las cosas visibles, todas ellas efímeras, sino las invisibles, las únicas que son eternas (2Cor 4,18). La carta a los Hebreos describe las maravillas de la vida de fe en algunos personajes del AT, por ejemplo dice de Moisés: “Caminaba como si viera al invisible” (Heb 11,27).

5) Nos hace percibir las causas a través de los efectos. El proceso habitual del pensamiento humano consiste en subir de los efectos a sus causas. Esto se puede hacer de dos maneras: por intuición o inducción o por raciocinio. Este último procedimiento está reservado a la ciencia. El don de entendimiento no razona, comprende de un solo vistazo el efecto y la causa, ve aquél en correlación con ésta. Sin ningún esfuerzo razonador, nuestra inteligencia descubrirá la Causa creadora y transfigurante de todo. Ante las maravillas del universo glorificado y, sobre todo, de los esplendores de la Humanidad de Cristo resucitado, la mirada de nuestro espíritu contemplará la infinita grandeza de “Aquel que Es”. La mirada del santo percibe a través de los menores signos y de los menores efectos su Causa superior, divina. No se rompen jamás en esta vida los velos del misterio pero sus profundidades insondables son penetradas por el alma con una vivencia clara y entrañable. Dice Santo Tomás: “En esta misma vida, purificado el ojo del espíritu por el don de entendimiento, puede verse a Dios en cierto modo”. Al llegar a estas alturas, la influencia de la fe se extiende a todos los movimientos del alma, iluminando todos sus pasos y haciéndola ver todas las cosas a través del prisma sobrenatural. El alma se conduce en todo por el instinto de lo divino. Los que, por el Espíritu Santo,

poseen el “Sentido de Cristo”, que les hace ver todas las cosas a través del prisma de la fe: “El justo vive de fe” (Rom 1,17).

6) Nos hace ver los efectos contenidos en las causas. “Hay un aspecto del don de entendimiento particularmente sensible en los teólogos contemplativos. Después de la dura labor de la ciencia humana, todo se ilumina de pronto bajo un impulso del Espíritu. Un mundo nuevo aparece en un principio o en una causa universal: Cristo –Sacerdote único Mediador del cielo y de la tierra; o bien el misterio de la Virgen corredentora, llevando espiritualmente en su seno todos los miembros del Cuerpo místico, o en fin, el misterio de la identificación de los innumerables atributos de Dios en su soberana simplicidad y la conciliación de la unidad de esencia con la trinidad de personas en una Deidad que sobrepasa infinitamente las investigaciones más secretas de toda mirada creada. Otras tantas verdades que profundiza el don de entendimiento sin esfuerzo, sabrosamente, en el gozo beatificante de una “vida eterna comenzada en la tierra” ala luz misma de Dios” (Philipon).

El acto supremo: la intuición negativa y oscura de Dios.

Después de los primeros balbuceos, de las primeras luces sobre los misterios de la fe, si se camina en fidelidad, el Espíritu de Dios ilumina de un modo más crecido. Llegada la unión transformante, el alma humana no camina en medio de la noche, sino que lo ve todo en una irradiación de la claridad de Dios, tamizada por el velo de la fe, pero traslúcida. Una visión apacible y profunda, a través de los rasgos perceptibles de la revelación hecha por Dios.

La Verdad increada trasparece a sus ojos por medio de las palabras, las figuras y los símbolos de lo divino. Discierne lo verdadero de lo falso, se eleva de este mundo de las apariencias a la realidad divina.

Se llega a una intuición de Dios negadora de todas las condiciones limitantes de los seres creados, en la suprema perfección del don de inteligencia. Una toma de conciencia del infinito trascender, de la incomprensibilidad e inefabilidad de Aquél que supera infinitamente todos los modos de las perfecciones creadas.

El don de inteligencia y las bienaventuranzas

Cada don del Espíritu lleva consigo el comienzo de una bienaventuranza. El alma que se desprende de los bienes efímeros gracias a la pureza de corazón, de todas las ilusiones e ideas falsas gracias a la pureza de la mente, puede mantener la mirada de su entendimiento fija en la única Belleza que no se marchita: “Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios”.

Ya en esta tierra la inteligencia de los Santos, liberada de la ignorancia y del error por una asistencia personal del Espíritu de Verdad, contempla a Dios en la traslúcida pureza de la fe.

El don de entendimiento y los frutos del Espíritu.

Los tres dones contemplativos superiores, de inteligencia, ciencia y sabiduría, están al servicio de la misma virtud, la Fe. La afirman en una certeza absoluta respecto a su verdad: el don de inteligencia eliminando toda solicitud del mundo sensible y limitándola a comprender de un modo adecuado cómo Dios supera todos los mundos creados y cualquier medida, el don de ciencia mostrándonos el encadenamiento de las causas, el de sabiduría explicándolo todo por referencia a Dios. El resultado de vivir en esta unión con el Espíritu es la certeza incommovible de nuestra fe.

Pecados y vicios contra el don de entendimiento

La inteligencia humana ha sido hecha para la claridad de Dios pero las tinieblas se han cerrado a la luz, como bien dice San Juan en el prólogo de su Evangelio.

Según santo Tomás estos vicios son dos: la *ceguera espiritual* y el *embotamiento del sentido espiritual*. La primera es la privación total de la visión (ceguera); la segunda un debilitamiento notable de la misma (miopía). Las dos proceden de los pecados carnales (gula y lujuria). Nada hay que impida tanto los vuelos del entendimiento, como la aplicación a las cosas corporales que le son contrarias. Por eso **la lujuria produce la ceguera espiritual**, que excluye casi por completo la percepción de los bienes espirituales. **La**

gula produce el embotamiento del sentido espiritual, el enturbamiento de la inteligencia, que debilita para este conocimiento del mismo modo que un clavo no puede penetrar nada si tiene la punta machucada.

Señala Menendez-Reigada: “Esta ceguera de la mente es la que padecen todas las almas tibias; porque tienen en sí el don de entendimiento; pero, engolfada su mente en las cosas de aquí abajo, faltas de recogimiento interior y espíritu de oración, derramadas continuamente por los caños de los sentidos, sin una consideración atenta y constante de las verdades divinas, no llegan jamás a descubrir las claridades excelsas que en su oscuridad encierran. Por eso las vemos frecuentemente tan empañadas al hablar de cosas espirituales, de las finezas del amor divino, de los primores de la vida mística, de las alturas de la santidad, que tal vez cifran en algunas obras externas cubiertas con la roña de sus miras humanas, teniendo por exageraciones y excentricidades las delicadezas que el Espíritu de dios pide a las almas.

Estos son los que quieren ir por el camino de las vacas, como se dice vulgarmente; bien afincados en la tierra, para que el Espíritu Santo no pueda levantarlos por los aires con su soplo divino. Entretenidos en hacer montoncitos de arena, con los que pretenden escalar el cielo. Padecen esa ceguera espiritual, que les impide ver la santidad infinita de Dios, las maravillas que su gracia obra en las almas, los heroísmos de abnegación que pide para corresponder a su amor inmenso, las locuras del amor por Aquel a quien el amor condujo a la locura de la cruz. Los pecados veniales los tienen en poco, y sólo perciben los de más bulto, haciendo caso omiso de los que llaman imperfecciones. Son ciegos, porque no echan mano de esa antorcha que alumbraba un lugar tenebroso (2Pe 1,19), y muchas veces con presunción pretenden guiar a otros ciegos (Mt 15,14)...

El que padece, pues, esa ceguera o esa miopía en su vista interior, que le impide penetrar las cosas de la fe hasta lo más mínimo, no carece de culpa, por la negligencia y descuido con que las busca, por el fastidio que le causan las cosas espirituales, amando más las que le entran por los sentidos”.

Medios para fomentar el don de entendimiento

La actuación de los dones depende del Espíritu pero el alma puede disponerse con la ayuda de la gracia para esta actuación.

a) **LA PRÁCTICA DE UNA FE VIVA CON AYUDA DE LA GRACIA ORDINARIA.** Sabemos que las virtudes infusas se perfeccionan con la práctica cada vez más intensa de sus propios actos. Dios da sus gracias al que mejor se dispone para recibirlas.

b) **PERFECTA PUREZA DE ALMA Y CUERPO.** Al don de entendimiento corresponde la sexta bienaventuranza, que se refiere a los limpios de corazón. Sólo con la limpieza de alma y cuerpo se hace el alma capaz de ver a Dios. La impureza es incompatible con ambas cosas.

c) **RECOGIMIENTO INTERIOR.** El Espíritu Santo es amigo del recogimiento y de la soledad. Sólo allí habla en silencio a las almas: “la llevaré al desierto y le hablaré al corazón” (Os 2,14). Al alma amiga de la disipación y del bullicio no percibirá jamás la voz de Dios en su interior. Es preciso hacer el vacío a todas las cosas creadas, retirarse a la celda del corazón para vivir allí con el divino huésped hasta con seguir no perder nunca la presencia de Dios aún en medio de los quehaceres más absorbentes.

d) **FIDELIDAD A LA GRACIA.** El alma debe estar atenta a no negar al Espíritu Santo ningún sacrificio que le pida: si hoy escucharas mi voz, no endurezcan el corazón (Sal 94,8). Ha de evitar cualquier falta voluntaria, que entristecería al Espíritu Santo, según la expresión de San Pablo: “guárdense de entristecer al Espíritu Santo de Dios” (Ef 4,30), sino que ha de secundar positivamente todas sus mociones hasta poder decir con Cristo: “Yo hago siempre lo que es de su agrado” (Jn 8,29). Siempre nos queda el recurso a la oración para pedirle por adelantado eso mismo que quiere que le demos. En esto es bueno contar con los consejos de un sabio director espiritual.

e) **INVOCAR AL ESPÍRITU SANTO.** Nada de esto se puede lograr sin la ayuda del Espíritu Santo, al que debemos invocar incesantemente con el máximo fervor posible recordándole al Señor Jesucristo su promesa de enviármolo. Debemos retirarnos como los apóstoles para vivir el encuentro con el Espíritu en un Pentecostés personal.

El Espíritu vendrá entonces en ayuda de nuestra debilidad, consolidándonos en el sentido de lo divino mediante sucesivas iluminaciones, cada vez más radiantes, que suplirán la imperfección de la fe con la mirada purificada de los santos.